



# INFANCIA ROBADA



Intermón  
Oxfam

# Sofía Elface Fumo

Una mina le amputó a **Sofía Elface Fumo** las dos piernas mientras recogía leña cerca de su casa. Era febrero de 1993 y tenía 10 años. En la explosión también murió su hermana María de 8 años. Su padre había fallecido tres años antes. Otro golpe muy duro fue la muerte de su hermana Anita, con la que mantenía una relación muy especial. Ocurrió el 4 de marzo de 1998, el día del cumpleaños de Sofía. Desde julio de 1999 es madre de un niño llamado Leonaldo al que educa sin la ayuda del padre, que la abandonó después de dejarla embarazada. Sofía tiene que andar cada día una hora para asistir al último curso del segundo ciclo de primaria en la escuela comunal, situada a 2 kilómetros de su casa. El año que viene irá a la escuela secundaria, que se encuentra a 9,5 kilómetros de donde vive. Utilizará una silla de ruedas con un manillar especial donado por dos organizaciones humanitarias españolas.

**SOFÍA** vive con su madre Lidya Alberto, su hermana Anastasia, de 14 años, su hijo Leonaldo y su sobrino Elface, hijo de su hermano Mateus, que emigró a Suazilandia. Sobreviven de una pequeña parcela situa-



da en el distrito de Boane, a unos 40 kilómetros de Maputo, la capital mozambiqueña. Los domingos asiste a misa en una de las iglesias evangélicas locales. Después, acompaña a su madre al

cementerio para arreglar las tumbas de sus hermanas Anita y María. Cuando necesita reparar las prótesis, se traslada a la capital. En los últimos nueve años ha tenido que cambiar cuatro veces de prótesis.

# LOS HUÉRFANOS DEL GENOCIDIO DE RUANDA

Diez años después del asesinato de 800.000 hutus y tutsis moderados, casi la mitad de los hogares ruandeses están al cargo de menores.



Muheima John, de 10 años, cuya familia fue asesinada durante el genocidio de Ruanda, junto a su hermanastra, en el pueblo de Nyamata./AP

YOLANDA MONGE - Madrid  
EL PAÍS | Internacional - --  
Junto con el holocausto judío ha sido una de las peores atrocidades cometidas por el hombre en el siglo pasado. En cien días de 1994 fueron asesinados más de 800.000 ruandeses, en su mayoría tutsis y hutus moderados; dos millones de personas se refugiaron en Zaire (hoy República Democrática del Congo), Tanzania, Burundi y Uganda; más de un millón y medio de personas abandonaron sus casas y se escondieron en el interior del país. El 70% de las víctimas de la matanza fueron mujeres, la mitad de ellas fueron violadas y ahora sufren un segundo genocidio a causa del sida, como denuncia Rafael Vila-Sanjuán, director general de Médicos Sin Fronteras España. Como consecuencia de todo ello, 95.000 niños quedaron huérfanos, según datos de Unicef. Aunque la cifra alcanzaría ya los

400.000 huérfanos debido al sida —con una alta prevalencia agravada porque menos de un 1% de la población tiene acceso a los medicamentos—, asegura Cruz Roja Española.

Con las heridas aún abiertas, Ruanda conmemora hoy el décimo aniversario de ese genocidio. Diez años después de la masacre, cuando siguen apareciendo fosas comunes repletas de cadáveres, Naciones Unidas ha declarado el 7 de abril día internacional para la reflexión sobre el genocidio perpetrado en Ruanda. Mientras tanto, los niños y niñas de ese pequeño país de la región de los Grandes Lagos continúan viviendo los devastadores efectos de ese brutal conflicto, denuncia Unicef. De las 800.000 personas asesinadas, 300.000 eran niños menores de 18 años. «Todos los niños del país fueron testigos de un horror inexplicable», explica Carol Bellamy, directora ejecutiva

de Unicef. Miles de ellos fueron víctimas directas de la brutalidad y las violaciones y otros miles —algunos menores de siete años— fueron obligados a participar en operaciones militares y a cometer actos de violencia contra su voluntad. Muchos de estos pequeños fueron encarcelados tras el genocidio y otros tantos sufren a día de hoy un brutal trauma emocional.

**«Todos los niños del país fueron testigos de un horror inexplicable»**

En un país de poco más de ocho millones de habitantes, más de la cuarta parte de los hogares está a cargo de mujeres viudas, según datos de Cruz Roja, y casi la mitad están encabezados por menores de 15 años. Se trata de menores que perdieron a sus padres por varias razones. Muchos de ellos fueron asesinados durante el geno-

cidio, algunos han muerto de sida y otros están en prisión por crímenes relacionados con aquellos días de violencia y muerte, según Unicef.

El presidente ruandés, Paul Kagame, ha asegurado esta semana que el genocidio, allá donde ocurra, representa el fracaso de la comunidad internacional, informa France Presse. «La comunidad internacional no debería eludir su responsabilidad e intervenir, incluso militarmente, si es necesario», apuntó Kagame.

Conscientes de que la acción humanitaria no podía ser un sustituto de la acción política e impotentes ante la dimensión de la tragedia, Médicos Sin Fronteras —por primera vez desde su fundación— pidió públicamente una intervención militar de Naciones Unidas. Sin embargo, la respuesta de la comunidad internacional llegó demasiado tarde: 800.000 muertos tarde.

# LOS VIAJEROS DE LA NOCHE

Más de 50.000 niños huyen cada noche de sus aldeas en el norte de Uganda por temor a la guerrilla.



Niños ugandeses se refugian en el centro de Gulu por temor a los secuestros. /J. C. Rodríguez Soto

RAMÓN LOBO - Madrid

EL PAÍS | Internacional - -

A las seis de la tarde, antes de la puesta de sol, decenas de miles de niños del norte de Uganda abandonan sus cabañas, dejan atrás a sus padres e inundan las carreteras y caminos. Una marea humana transita a pie por la orilla cargada de hatillos, plásticos y esterillas al hombro. Cada atardecer, más de 50.000 niños desertan de sus aldeas para dormir al raso en las ciudades de Lira, Gulu y Kitgum por temor a los secuestros.

En el hospital de Acor, donde en 2000 se controló un brote de ébola, pernocta una media de 5.500 en corredores exteriores y patios. Los llaman los viajeros de la noche. Algunos, como la muchacha Ayor, de 15 años, se afanan en completar los deberes de la escuela ovillados bajo una ventana. «Aquí al menos tengo luz eléctrica». Viene cada noche desde hace 11 meses con sus amigas Akelo y Cristine. Su pueblo dista dos kilómetros. Comen un plato de judías y pasta de maíz a mediodía y no vuelven a tomar nada hasta el día siguiente cuando termina el colegio.

Rebecca Symington, representante de UNICEF en esta zona del país, explica que su organización socorre a estos chicos con mantas, letrinas, agua potable y tiendas de campaña, pero no con alimentos. «Las organizaciones y ONG implicadas lo hemos decidido así; no queremos crearles un segundo hogar». En el interior de Gulu, Save The Children dirige otro

centro de acogida de viajeros. Tiene un nombre bíblico, el arca de Noé. Cosmas, uno de los voluntarios que supervisa a la chiquillería, lo explica: «Son como los últimos supervivientes que vienen para que no se extingan los niños». En el arca de Noé les muestran una película cada fin de semana. Aunque la tela es decrepita y minúscula congrega alrededor a una multitud fascinada por la magia del hombre blanco. Hoy toca George en la selva, un bodrio hollywoodiense, pero los pequeños no son exigentes: miran con los ojos desorbitados, aplauden y se desternillan.

En Kitgum, la situación es dramática. Sus viajeros carecen de un centro de acogida y dormitan tirados en las calles. Incluso, los 15.000 habitantes del campamento de desplazados de Labuje, que se halla a tan solo dos kilómetros de esa ciudad, marchan cada tarde sobre Kitgum por miedo a una masacre. El año pasado sucedía lo mismo en Gulu: 25.000 niños dormían a la intemperie sin que el Gobierno ni el Ejército hicieran nada por ellos. En junio de 2003, los jefes de la Iglesia católica, el arzobispo John Baptist Odama, y de la anglicana, el obispo Mcleord Baker Ochola, entre otros, caminaron en ayunas, igual que los niños, con su esterilla al hombro para dormir en la calle junto a los viajeros. Lo hicieron cuatro noches consecutivas atrayendo la atención de los medios de comunicación internacional y forzando al Ejecutivo a establecer centros estables.

El gesto irritó al presidente de Uganda, Ioweri Museveni; también a los militares. Advirtieron al arzobispo que este tipo de acciones ponían en peligro su seguridad personal. «Si quieren que esté seguro, consigan que los niños lo estén. Si para ellos no hay peligro, no lo habrá para mí», replicó Odama.

En Arcor hubo disparos una noche. Fue a las dos de la madrugada. Los niños corrieron aterrorizados de un lado a otro. A menos de un kilómetro del muro del hospital una partida de guerrilleros del Ejército de Resistencia del Señor se llevó a tres rehenes. Hubo un muerto en la refriega. Al día siguiente, el número de chicos que se presentaron a dormir aumentó en dos mil.

Cuando se pregunta a la niña Ayor qué es la guerra, responde: «Algo que mata a la gente». Su amiga Akelo, apunta: «Es tristeza». Alan, de 13 años, anda en busca de un metro donde estirar el plástico que le sirve de colchón. ¿Qué le dirías al presidente?, pregunta el extranjero. «Que queremos paz», responde sin dudar. ¿Y a los rebeldes? «Que regresen a casa». Cuando se buscan definiciones sobre esa paz, las contestaciones suelen ser tópicas. No están acostumbrados a hablar de lo que desconocen después de 18 años de ataques y 150.000 muertos. Pero no siempre es así. En un grupo de trabajo, un misionero invitó a un anciano de la tribu acholi, mayoritaria en Gulu, a dar la suya. Este se levantó y dijo: «La paz es cuando un hombre sólo tiene miedo a las serpientes».

